

De masas (¿conformistas?) a redes (¿indignadas?)

TORNATRÁS. Parece que existe un consenso extendido entre la *clase* cultural respecto a que atravesamos un viraje de la «cultura de masas» hacia una «cultura en red». Personalmente no termino de comprender bien en qué ha de consistir el horizonte de llegada —seguramente porque tampoco asumo sin más el punto de partida—, pero lo cierto es que la crítica cultural desde hace pocos años se desenvuelve con esos parámetros. Esa crítica se centra más hasta ahora en la insuficiencia de la cultura de masas, especialmente en cuanto hace a televisión e internet; cosa lógica porque es lo que conocemos y ha protagonizado las alteraciones o convulsiones de cuanto aceptamos por cultura en las tres décadas últimas aproximadamente. También con relativa lógica lo que ha empezado a suceder en «la red» se enfoca con menos aspereza, con benevolencia a veces, quizá porque el rabillo del ojo no pierde de vista cómo nos reflejamos en el espejo de lo futurible. El corolario, por lo visto inevitable, es que la cultura masificada, la vulgarización desbocada, nos ha traído a un estadio culturalmente estancado, inane en muchos sentidos, en el que vamos perdiendo por días y minutos un sentido cabal del conocimiento como fundamento humano así como sus efectos de sensibilidad, sensatez y comprensión del mundo. *La civilización del espectáculo* de Vargas Llosa (2012, Alfaguara) viene a coincidir a grandes rasgos con esa visión.

Esta crítica, sin embargo, me parece que elude un hecho constatable al que se ningunea implícitamente: la cultura supuestamente perdida, la «alta cultura» o «de élites» que decíamos hasta hace no tanto, no ha desaparecido ni está muerta. Cosa distinta, que podría debatirse, es que esa cultura *elevada*, de no fácil acceso ni sostenimiento a escalas individual y grupal, no haya figurado con frecuencia ni en los planteamientos industriales ni en la demanda masificada, como pudo desearse tras la IIGM. Con todo, nadie habrá de negar que las seis últimas décadas hayan puesto a disposición en Occidente, por vía de mercado o como tarea pública, más literatura, música, cine, patrimonio, artes plásticas y escénicas, más cultura de diferentes niveles en fin, que nunca antes en la historia. Más aún, estoy por proponer que en realidad no ha llegado a existir una cultura propiamente *de masas* sino más bien *para consumo* masivo, y que en realidad se ha tratado —se trata— de adaptaciones y derivas de la cultura con todas las letras de *alta*, a lo que se ha añadido la expansión de sus prácticas más propias y arraigadas como puedan ser la lectura, la audición de música, la contemplación visual o el afán viajero. Si el resultado es que no todas o la mayoría de personas, en sociedades occidentales, disfrutan, practican y se reencuentran en nuestra maravillosa cultura, habrá que llevarlo al inventario de frustraciones también occidentales: como la equidad social, el respeto capitalista hacia el estado de derecho, la solidaridad (sin *causas*) o la dignidad material, laboral, ciudadana. Si desde la óptica cultural desespera el éxito del disparate, de lo estrambótico, de la nimiedad, qué se le va a hacer: piénsese en el resto, en el conjunto.

La segunda proposición del diagnóstico al parecer consensuado lleva a un cuestionamiento comprensiblemente cargado de incertidumbre: ¿está despegando una, o la, cultura *en red*? Deberíamos tener una idea más nítida de las características del fenómeno, porque hasta ahora cabe dar por seguro que se trata de un ámbito virtual, comunicacional, en el que no sólo se incorporan los contenidos *clásicos*, por así decir, sino también multitud de impulsos creativos de mayor y menor elaboración, acompañados frecuentemente de cierto desdén hacia la formalidad de la creación heredada, del legado cultural que se supone de algún modo ya improductivo. Esta (¿nueva?) cultura que viaja por internet cuenta además con otro rasgo inquietante: la individualidad en que se propone, en que se gesta. Los defensores del nuevo horizonte insisten especialmente en la libertad individual para intervenir en él aunque, bien pensado, se trata Aría

más de una libertad para *publicar* —que ciertamente no existía veinte o veinticinco años atrás—, pues la capacidad de trasladar pensamiento, ingenio o imaginación al papel, a la imagen o a la partitura, por ejemplo, es más vieja que la Tana y lo que históricamente separa dicha capacidad de su transmisión pública es la edición, esto es, la mediación del sistema cultural entre creador y audiencia.

Además, y al fin y al cabo, el individuo siempre ha gestionado su relación socio-cultural basculando entre extremos de ensimismamiento y alienación, con la comunicación como eje de gradación existencial, relacional o meramente informativa. El individuo alumbrado por la Ilustración fue ya esencialmente individuo comunicado, interrelacionado, atento a la posibilidad de utilizar e intervenir en los *medios* de su tiempo; pero fue también individuo pre-industrial, proto-liberal y urbano, rasgos que dibujaron la cultura *romántica* y la diferenciarían respecto a la de medio o un siglo después, ésta ya como resultado de la industrialización y crecientemente marcada por el nacimiento de *las masas*. Visto así, ¿será esto de la red una suerte de retorno pos-industrial, urbanita e individualista a un neo-romanticismo contra la alienación en la masa y aferrado a una tabla de salvación de interactividad virtual? Pudiera ser.

«... Hay en la prensa una parte llamada gacetilla, donde las luchas de la política no logran penetrar; parte destinada a que todas las clases de la sociedad escriban su palabra y graben sus impresiones, como esos voluminosos libros en blanco, colocados en sitios de peregrinación para que todo viajero, alegre o triste, jovial o aburrido, deje una señal de su paso. La vida social tiene un álbum gigantesco e inacabable en la gacetilla. ¿Quién habrá entre nosotros que no haya puesto en él un renglón, una frase, un garabato? El que da un baile, el que ha perdido un perro, el que se casa, el que nace, el que se muere, el que escribe un libro, el que lo lee, el que va a viajar, el que vuelve, todos están allí...» (Benito Pérez Galdós, *El audaz*. Cap.II).

ATURDIMIENTO. Si la gacetilla galdosiana responde más al contexto histórico de *El audaz* (hace dos siglos) o al tiempo en que se escribió (poco más de medio siglo después) no empece a la similitud estructural —social, comunicativa, individualista— con nuestro tiempo. El sustrato que establece la distancia temporal sin embargo, contra lo que pueda afirmarse, no es el *medio* —para nosotros internet y entonces una prensa que vislumbramos ajada pero competitiva— sino la experiencia, o el arrastre, de la cultura de masas. Porque la urgencia psicosocial de *estar* individualmente en un espacio público es idéntica; el atolondramiento de contar trescientos, mil, no sé cuantos *amigos* virtuales es paragonable a la meditada y ostentosa distribución de esquelas convocando al *salón* o, después, al *banquete*, a la *presentación* de qué sé yo qué y, siempre, a bautizos, bodas y exequias: íntima, personal necesidad de contexto social denso. Es nuestra experiencia inmediata, vigente aún, en la cultura de masas la que hace de la *red social* contemporánea un fenómeno con rasgos actualizados de una fe en el cambio que individualmente queremos protagonizar. Nuestro espacio en la red es, quién lo diría, virtualmente abierto pero *societariamente* selectivo, añorante de un elitismo todavía mal visto pero puesto a salvo por el sucedáneo ético de la pantalla.

Mejor dicho: la pantalla sirve de muleta para templar la embestida orteguiana contra la masa como circunstancia que ya no queremos nuestra, pero a la que aún tememos en términos retóricos o, a lo más, remotamente ideológicos. Porque Ortega en *La rebelión de las masas* [1937] descalificó éticamente a su «hombre-masa», lo apartó de la ética weberiana y lo situó, creo recordar, en un plano de personalidad *pusilánime*; y ahora no queremos bajo concepto alguno ser o parecer pusilánimes, ser o parecer masa. Sin embargo una ética protestante ha dado a las masas el papel protagónico en la civilización del consumo que, por lo que nos toca, ha generado esto que llamamos «sector-cultura» y compelido la adopción de políticas públicas *ad hoc*. Esa misma ética nos ha traído hasta internet y las redes, y antes ha producido cultura para

las masas lo que no ha obstado para que la cultura misma siguiera y siga propiciando la decantación «elitista» entre sus agentes. La ética ha estado presente en la cultura de masas, salvo que lo contrario se proponga como dogma; por lo que causa desasosiego que esta historia desemboque en un aturdimiento de intelectuales y creadores que se sienten, por lo que denuncian, minimizados en la dinámica de masas y sus efectos culturales y políticos. Quizá esté sucediendo que la expansión cultural, la proliferación de cultura, haya desbordado hace tiempo la *funcionalidad* de una erudición a la que muchos se sienten atados y a la que internet ha venido a desmitificar. Si la muchedumbre había venido a ocupar el sitio antes vacío, como advirtió J.O.G., ahora nos estamos temiendo que los buscadores ocupen la tribuna del oráculo.

Los buscadores y algunos *buscones*, ciertamente. Parte sustancial del neo-romanticismo que quizá estemos viviendo la aporta una masiva —no alcanzo a saber si tanto— incursión de creadores en el espacio digital; ello lo interpretamos, a veces, como la clave de arco de dimensiones novedosas para la cultura. De hecho, hace ya un tiempo que cazadores del mundo editorial, de galerías de arte, desde luego de la música y sobre todo de la publicidad, van de safari por internet; las batidas, hasta el momento, arrojan resultados cortos, según se informa, cuando no mediocres. Es romántica sin duda la pulsión creativa que halla un ámbito en que volcarse, en que darse a saber, donde buscar otras almas sensibles para reflejar o replicarse. Y romántica así mismo es la vocación pedagógica transferida a la virtualidad, como entrega personal desde el aislamiento a este lado del teclado. Pero, conforme a cánones al parecer vigentes, el idealismo decae —o se nubla de pasión— cuando se saca a pasear la inveterada costumbre del plagio, el atraco a cita hurtada, la dejadez aun moral del *retoque* inconfesado: cuando hacemos «*photoshop*» con tanta cultura como creíamos ignota, olvidada o simplemente muerta.

Lawrence Lessig, de frente amplia, mentón comprimido, camisa vaquera y mirada tras lentes circunspectos, exponía hace cosa de dos años, en Barcelona, cómo le había decepcionado Obama al que antes había *asesorado*. Su desencanto se fundaba en la postergación de una reforma del *copyright* en EE.UU., que a su juicio mantenía la protección de paradigmas del XIX y el XX de los ataques del XXI y, sobre todo, dejaba sin garantizar la libertad del «creador aficionado» (¿se puede ser más ganso ni más buscón?). Este Lawrence es muy característico de lo que nos pasa: en la batahola de internet, ¿cómo es que hay que garantizar libertad a una misma sociedad *perturbada* por contenidos inconvenientes desde ópticas morales, religiosas, pudibundas, y no reclamar siquiera una culturilla, una base ortográfica, sintáctica, de manual? Hay algo que confieso que escapa a mis entendederas: si como creador «aficionado» embuto mis hallazgos creativos en la red sin encomendarme a santo alguno, ¿qué contexto ético me ampara para reclamar un cuidadoso respeto a mis tales ocurrencias? Otra cosa sería que en la red se expandiera un deseo transparente de anonimato como el expresado por Borges a punto de cumplir ochenta años: Antonio Carrizo le hizo considerar que su anonimato era ya imposible, pero «¡Ah, no! —le replicó Borges— ... yo preferiría eso. Yo preferiría que la gente contara un cuento sin saber que es mío. Que frases mías fueran parte del idioma castellano. Y que olvidaran mi nombre...»¹.

Si hay que tomar en serio al tal Lessig, habrá también que creer a pies juntillas en la sinceridad de J.L.B. y esperar que la cultura *en red* rompa un cántaro de largueza global que llevemos dentro; y, entonces, si mi «afición» me impele a entregar mi trabajo a la humanidad digital, ¿a

1 ¹ *Borges el memorioso. Conversaciones de Jorge Luis Borges con Antonio Carrizo*. 1982. F.C.E. (pág.196).

qué demonios lamentarme luego si algún miembro de esa humanidad plagia, retoca, confunde, reinterpreta, vende y cobra a costa mía, en lugar de contar sin más mi anónimo cuento? ¡Ah, ya!: *Creative Commons*; el «santo» al que encomendarse. Crear renunciando a retorno económico, posponiéndolo en todo caso, está bien; por lo menos parece adecuado a modo de meritoriaje —otra vez más viejo que la Tana; que se lo pregunten a editores de enciclopedias y a aquellos catedráticos *entregados* a nuevos valores postulantes—. La cuestión entonces estriba en que contamos hoy día con un medio que facilita, y mucho, los primeros pasos hasta que algún oteador decida mediar entre uno y la demanda, entre autor y audiencia: ¡haber empezado por ahí! Pero manosear la idea de *libertad* para construir de matute y sin ánimo de lucro otra aproximación al negocio de gestión del derecho de autor y, peor aún, torpedear este último para atracarlo algún día por la espalda, está feo. La cuestión entonces, también, es que el espacio digital puede fomentar otra forma de aturdimiento en la que cualquier causa tiende a reunir un volumen de respaldo en red proporcional al del legado *de masas* que se propone desalojar, invalidar. En eso, es heredero de la propia cultura de masas que forjó el ruido mediático como arma arrojada frente a la institucionalidad. Y es neo-romántico, a qué negarlo.

RUIDO. Internet y las redes constituyen, antes de cuanto podamos decir de ellas, un ámbito de negocio cuyas magnitudes y alcances trastornan la juridicidad en que han sido concebidas. Su principal grado de transgresión cultural, por tanto, arranca en el campo del derecho tanto internacional como mercantil, civil como penal en cada territorio. En compensación a los trastornos coyunturalmente ocasionados se han presentado como la mejor herramienta de una democratización a escala mundial, y como liberadoras también de cuantas mordazas esgrimen estados anti y pseudo-democráticos contra la sociedad civil. Esa condición, sin embargo, se desmorona. O al menos no se cumple por la causa que sea. No sólo no podemos hablar de una democracia digital sino que venimos a ser informados de que las principales empresas sostenedoras de *la red* —Amazon™, Google® y Apple®— son las menos transparentes entre las TIC²: un terreno, ese de la transparencia, que sus respectivos portales no dejan de trillar a cada paso. O sabemos, hace poco, que un *hacker* implicado en el tráfico de datos e informes personales es contratado para un centro de «ciber-seguridad» europeo. O que Twitter Inc., proveedora de libertad de expresión, creación, invención, etc., en ciento cuarenta caracteres, se decanta por la información bursátil al minuto, qué digo, al segundo, como telón de fondo de la participación ciudadana en sus flujos de mega-muchos bits. Algo así, tan sucintamente comentado, ¿es el marco relacional de la *cultura en red* que está desplazando a la marchita *cultura de masas*?

La duda sobre la instrumentalidad democrática y participativa de las redes ha sido apostillada por Daniel Innerarity hace poco (*El País*, 2 de marzo de 2012) con una advertencia a tener muy en cuenta: que es ingenuo pensar que internet favorezca *necesariamente* al oprimido, tal como en acontecimientos recientes se ha dejado correr. Por ejemplo, las revueltas en países árabes del Mediterráneo se nos explicaron si no suscitadas sí articuladas por las redes, hasta que hemos venido a caer en que tenían más de *intifada* que de irrupción de sociedad civil, por mucha pantalla que hubiera intervenido en ellas. Más breve y seco: China, Cuba, Irán, pero también estados con pedigrí democrático, doblegan o condicionan la circulación de según qué contenidos. Un escenario como éste no puede pasarse por alto en la crítica cultural, pues el emblema de una dimensión *nueva* para la creación, para libertad de expresión, sabemos o empezamos a colegir que consiste primeramente en negocio, en segundo lugar que los términos

2 [□] Según el informe de «International Transparency» recogido por *El País* el 11/7/12.

en que las redes conciben la participación se hacen depender de rendimiento mercantil y no de civilidad, y en tercer plano que nada o poco indica que hayan de servir preferentemente a quienes tienen menos capacidad de intervención en la cultura. Si, como a mediados de este mismo 2012 ha trascendido, los seguidores de Facebook Inc. han comenzado a decaer y el negocio publicitario en internet anota sus primeras contracciones, asalta una o más dudas: ante una hipotética caída del negocio-red, ¿terminará la *sociedad global*, la utopía participativa que venimos abrazando?; ¿habría consistido todo, mayoritariamente, en una estrategia de *marketing*, a escala de masas, tramada desde las TIC?; ¿a qué marco o marcos operativos habrían de contraerse, llegado el caso, las filosofías y la praxis de participación arrojadas desde tantos púlpitos virtuales y reales? Es desasosegante como hipótesis y como probabilidad no descartable ahora mismo. Se habría generado ruido mediático, propio de la sociedad de masas, más que cultura de uno u otro tipo y se abatiría la sensación de fraude universal.

VORÁGINE. ¿Recuerdan *La vorágine* de José Eustasio Rivera? Valga su relectura, cercana a cumplir el siglo desde su publicación (1924), para un tiempo de huídas personales, selvas interactivas y tropiezos con una realidad amarga de esclavitud velada bajo jugosos negocios acicateados en pujas de bolsas remotas. Vale para contrastar nuestra presumible huida hacia adelante echando pestes de la ciudad corrupta, de la cultura frustrada, apostándolo todo o casi a una beatitud de conexiones y ciento cuarenta caracteres (¡qué miseria de libertad, señores!). Estoy convencido de que en internet, y quizá también en las redes, está o estará una parte de la creación artística, literaria, musical y videográfica, ensayística y lúdica, de esta y la futura humanidad: pero está o estará como en otros soportes también, aunque no tengan alma digital ni sean innovadores. La idea de una *cultura en red* como escenario único o generalizado sólo tendría sentido como gestualidad negadora de lo heredado, como desquite infantiloides. Y emplear la descalificación del pasado como táctica fugitiva acabará justificando la precipitación en otra vorágine de ostentación analfabeta, de simplismo jaleado, de ocurrencia en colorines y sonoridad aturdida... que desde el otro rincón se invoca como memorial de fiascos para un mundo perdido.

Desde tiempo inmemorial no todo lo creado ha sido exitoso, ni adoptado, ni dado a conocer, de manera que la historia intelectual de la humanidad se asemeja a un bosque del que sólo vemos las copas más altas. Si lo que se oculta debajo ha sido y es «bosque aficionado», nada ni nadie en sus cabales se atreverá a pensar que es prescindible, que nada aporta a la vida vegetal y que nunca merezca atención edafológica. Pero no es de razón convertir en categoría de cambio la «afición creativa», desnaturalizando de paso algo importante logrado en las sociedades modernas: la intimidad cultural, la afición, sí, a materializar sobre lienzo, papel u ordenador ese paso adelante en el conocimiento personal. El «creador» lo es no sólo por impulso vital sino también por oficio, por dedicación y aprendizaje; desde luego también por atrevimiento y riesgo; ese proceso que solemos tildar de aventura suele ser un recorrido arduo, espinoso, al punto de marcar con soledad y extravagancia tantas veces a quien lo sigue; la creación no admite, no respeta, acercarse a tiempo parcial, en esponsales de fin de semana, de noche insomne o de veraneo espiritual (recordatorio a este respecto: *La novela de un literato...* de R.Cansinos Assens). Resulta irónico que en sociedades arrobadas por el deporte, en el que distingue con religiosidad pecuniaria la profesión y la afición, prenda la falacia de que la libre intervención en el ámbito virtual pueda suponer un salto de categoría cultural. Pero tal es la naturaleza eidética y fenomenológica con que estamos defenestrando a las masas conformistas y acunando a las redes más o menos indignadas, a la hora de dilucidar la sustancia estanca o fluida de la cultura contemporánea.

Quedemos en que la conectividad es ya un soporte de singular potencia para abordar en ella la cultura, la creación, la crítica. Y en que lo producido sin conectividad, sin digitalización, sin virtualidad no está desactualizado, no pertenece a otro mundo ni a una sociedad distinta de la nuestra. Es preciso refrescar el viejo concepto de *continuum* para despejar debates que a poco o nada han de llevarnos, y también para recuperar en lo posible cuanto de positivo tenía la idea de globalización hace unos años. Si algunos rasgos de cambio pueden indagarse en internet y las redes, uno es que las sociedades occidentales nos hemos vuelto ideológicamente alérgicas, por no decir analfabetas; en realidad es alergia, porque se trata de miedo a las proposiciones ideológicas, de fobia al pensamiento articulado³. Otro es precisamente la *occidentalización* de la idea de globalidad, seguramente arrastrados por la mundialización económica que, en sus balbuceos, creímos que era la culminación *exitosa* del capitalismo. Así sería la cruda y vergonzosa realidad descubierta en una vorágine de superioridad virtual y conectada: una cultura ideológicamente anémica, ajena al debate por tanto, y globalizadamente narcisista de la que fuésemos esclavos inconscientes pero productivos.

PALADÍN. Aunque en algún pasaje se declare pesimista, la crítica de la cultura actual en *La civilización del espectáculo* de Vargas Llosa que citaba al principio me parece intrínsecamente un ejercicio de confianza, de optimismo razonado en el papel que especialmente la creación juega de cara al futuro. Pasa que M.V.Ll. tiene la costumbre de improvisar sólo en el punto final, de manera que así como con *El pez el agua* expuso sin complejos los anhelos, desencantos, aspiraciones y remiendos que habían trabado su vida privada y pública con la honestidad de pensamiento, en esta crítica de la cultura actual era imposible sembrar esperanza sin desmontar previamente el mecano a su juicio —y al de muchos otros— mal armado, por lo que en el fondo se trata de una crítica no a la cultura *actual*, coetánea, sino al *continuum* arriba aludido y a su fenomenología reciente.

Como otros antes, Vargas Llosa denuncia algo muy generalizado no solo entre intelectuales sino en el conjunto de sociedades occidentales, como es la sensación de que las artes, las letras, la escena de los últimos veinte o treinta años, nos toman el pelo con excesiva frecuencia arropadas en *maras* de críticos, galeristas y aplaudidores a porcentaje. A ese marasmo de frecuente menosprecio hacia el grueso de mortales se han ido sumando *las pantallas* rebajando paulatinamente la calidad del conocimiento que emiten a su través, hasta desembocar en este conato de igualación, con la ley del mínimo en la mano que supone lo del creador aficionado y su elevación a los altares jurídicos, civiles, crematísticos e, irresponsablemente, intelectuales. Es cierto que al final de ese recorrido parece que todo haya de ser divertido, superficial, cuanto más intrascendente mejor. Pero no, o no tanto, que no quede sino espectáculo en la realidad de la cultura contemporánea.

Al fin y al cabo el sector-cultura acrecido al calor de las masas ha operado con criterio de entretenimiento puesto que la educación quedó desde mucho antes bajo la férula de la academia y ésta ha tardado, y aun remolonea, en respetar la legítima aspiración de las mayorías sociales a un conocimiento cabal, o estándar, o simplemente sin excipiente lúdico. Las élites entendieron y aun conciben que al ciudadano de a pie sólo le sienta bien el jarabe de cultura. Y así se expandió

3 ³ Zygmunt Bauman —recurro a él quizá en exceso— sugería que *nuestro* 15-M pecaba de emocional y carecía de pensamiento (*El País*, 17/10/2011). Enrique Gil Calvo, por su parte, ha sintetizado que respondía a un modelo español de participación cívica que es de corte bipolar y en el que se decanta, históricamente, una u otra ideología; que tiene mucho de «*performance*», escribía (*El País*, 9/8/2012). Desideologización, localismo, inmediatez, aura romántica. Lo cierto es que la utilización de internet —y el fervor «aparatóstico» desplegado— le proporcionó un talante de modernidad radical que ha podido llevar a confusión respecto a la vigencia y pertenencia de un movimiento como aquel.

una rebotica de medianías plásticas, adaptaciones digeribles, réplicas comercialmente seguras, de la que salieron genialidades del tipo *El Padrino I, II, III* a la vez que montañas de roña audiovisual. En ese terreno vacilante entre la satisfacción y las frustraciones se mueve el desasosiego de M.V.Ll. y, leídas sus razones, no queda sino compartir la desazón y sumarse a su optimismo discreto, claro que reconviniéndolo por algún olvido: si el liberalismo económico que M.V.Ll. respeta se hubiera atendido además a compromiso ideológico, si hubiera sido ético frente a consignas de *lobby*, si hubiese sido humanista antes que moralista y conservador, tal vez la incertidumbre no hubiera llegado a estos grados. Y ese razonamiento sí estaba en *El pez en el agua*.

Pero la cosa ha sido como ha sido. Cosificada seguramente. Si la deriva de la cultura pergeñada para consumo de masas nos ha traído hasta un estado de confusión generalizado que hace temer por la transmisión de un legado tan complejo y diverso como el recibido hace cincuenta o setenta años, se debe quizá a la falta de una jerarquización razonable de sus resultados que habría correspondido a la academia y que ésta no ha podido o sabido transmitir. Y se debe asimismo al entusiasmo desbordado que le hemos puesto a todo en la cultura, creyendo que la multiplicación de cosas era benéfica por naturaleza. Esa expansión entusiasta, incondicional, sin más tasa que la presupuestaria durante tantas décadas, está en el origen de cuanta indiferencia, desapego o menosprecio pueda suscitar ahora entre nosotros el esfuerzo intelectual. Ha bastado acompañarla de un paradigma educativo técnico, *aplicado*, rumbo al ascenso social antes que a la formación de la persona, y el escenario parece que ni pintado para paladines y quijotes arrojando al dragón del conformismo analógico y a los molinos de una indignación digital.

Lo que ahora algunos presentarán como decantación cultural de la conectividad tiene connotaciones poco halagüeñas: la *alta* formación «a distancia», en red, de... no sé ya si expertos o gestores o atletas en especulación financiera, malabaristas del achique de plantillas y especies tituladas similares, avalados con abecedarios de *business* por variopintas *schools* diestras en palidecer caracteres y doctorar alopecias prematuras y/o premonitorias. Es presumible que *la red* esté virando definitivamente hacia su destino primigenio: un mundo interconectado en el que deslocalizar las decisiones económicas, por supuesto, pero de paso también la vara de sancionar qué es real y qué no existe. Esta «cultura» que se presenta incluso como transformadora de las masas en élites no es desde luego el anuncio de un nuevo humanismo, ni de una reflexión en torno al individuo, ni tan siquiera de otra vuelta de tuerca al entretenimiento. Lo más probable es que internet y las redes sitúen a la cultura donde sus inventores la encontraron: en los márgenes del sistema. No en vano el último desafío tecnológico es el aparato *ad hoc* para bebés.

¿Transitamos de la «cultura de masas» hacia una «cultura en red»? Creo que no. Puede que estemos degradando productos de la cultura, pasada y reciente, por un uso descuidado y ramplón de nuevos soportes; puede que no estemos a tiempo de corregir los fiascos educativos que han desterrado el esfuerzo y la honestidad intelectuales de entre nosotros; o puede que la zarabanda cultural del todo vale haya podrido sin remedio la mirada, el oído, el tacto y las ideas. Pero la cultura, el conocimiento, está aquí, mal que les pese a los agoreros. Quizá está oculto, maltratado, preso —no me parece tan así—, en cuyo caso la tarea principal es buscar uno o cien paladines que, como siempre termina por suceder en la caballería andante, lo rescaten, curen y liberen: habrá que escribir esa lista de sostenedores —si en red o en pergamino es lo de menos—. Habrá de librarse una lucha implacable; lucha contra un mar de cosas que llamamos cultura y que pudiera resultar mar de sargazos *enredados*, o mar de tempestad de antologías o mar plácido que entregue en la playa uno que otro ensimismamiento de academias y vanguardias.

Esperemos que no sea para tanto. Por si alguno ya está pensando encajarse romántica coraza, calarse el yelmo virtual, enarbolar adarga digitalizada y salir a desfacer perplejidades, le anoto una muestra de cosas que Borges (quién sabe si anónimamente) registró aún no sé bien para qué, pero que me da que puedan ser útiles en singulares batallas contra el hastío:

«El volumen caído que los otros / ocultan en la hondura del estante / y que los días y las noches cubren / de lento polvo silencioso... —comenzaba esa lista— ...El espejo que no repite a nadie / cuando la casa se ha quedado sola —más adelante— ...Lo que no puede ser. El otro cuerno / del unicornio. El Ser que es Tres y es Uno. / El disco triangular... /...La flor entre las páginas de Bécquer...» (J.L.B., *El oro de los tigres* [1972]; ahí está completo; se titula “Cosas”).

No parecen prácticas para circular por la cultura en red; más bien para el desván de las masas o la próxima convención de nostálgicos a la que tampoco acudiré. Pero son cosas de Borges, dispuestas para echarlas a la maleta cosmopolita o al hatillo de patear calles e ir consumiéndolas al paso, de a poco, disfrutando y enredando. Más bien cual Sancho Panza.